

## CONFERENCIA ESCOLAR

### Los pobres

Os he hablado de los amigos; pero hay una clase de amigos, la clase principal, en la que debo ocuparme todavía. Me refiero a los pobres, a los pobres a quienes amáis, a los pobres a quienes honráis, a los pobres a quienes servís.

Mucho les habéis servido en estos últimos tiempos. Hace algunas semanas que condujimos a los niños que acababan de hacer la primera comunión al Asilo de las Hermanitas de los pobres; y allí, con la gracia encantadora de sus once años, con la gracia celestial de su inocencia, daban gracias al Señor por el festín eucarístico que acababa de darles, sirviendo a los pobres ancianos y a las pobres ancianas una buena comida de fiesta, que costearon ellos mismos. Hace ocho días, nuestros filósofos, nuestros retóricos, nuestros alumnos de las clases de ciencias, la víspera del examen para obtener el grado de bachiller, como los diáconos de la Iglesia primitiva, fueron, *ministrare mensis*, a servir a la mesa de los mismos ancianos. Completaban la alegría de aquellas pobres gentes de Dios que en la mañana habían inaugurado la nueva Capilla agrandada, y, al inaugurarla, habían recibido casi todos la sagrada comunión. Les había dado Dios el pan del cielo, y vosotros le servíais el pan de la tierra ¡cuánto gusto tengo en esa sociedad cooperativa de mis queridos niños con el Dios-caridad! ¡Cuánto le rogué en aquel mismo día y en aquel mismo lugar para que os devolviese con creces el beneficio que acababais de hacer! Seguramente, hijos míos, no tendréis siempre, para ejercer la caridad, ocasiones tan solemnes, ni reuniones de amigos que, como las que acabo de recordar, constituyan verdaderas fiestas. Pero con Nuestro Señor Jesucristo pue-

do deciros que «siempre tendréis pobres entre vosotros.» Sólo falta que sepáis conocerlos y apreciarlos; el conocimiento de los pobres es una bienaventuranza: *¡Beatus qui intelligit super egenum et pauperem!* Primero conocer al pobre y en consecuencia honrarle; después amarle, y por lo tanto visitarle; finalmente, entregarse a él y a su servicio con verdadera abnegación; tales son los deberes que tenéis para con los pobres. Voy a explicaros la manera de cumplirlos religiosa y cristianamente.

## I

San Vicente de Paúl exclamaba alguna vez: «¡Oh, qué grande es el pobre considerado en Jesucristo!» Comprendo bien esta grandeza, hijos míos, porque, leyendo el Evangelio, he visto que Jesucristo ha hecho del pobre un rey, ha hecho del pobre un sacerdote, ha hecho, en fin, del pobre—no me atrevo a decir un Dios—pero sí el substituto de Dios. Tal es, pues, el amigo que os presento.

Jesucristo le ha hecho rey.—Le hizo rey el día en que, sobre el monte de las bienaventuranzas pronunció las siguientes palabras que me atreveré a llamar la fórmula divina de esa real consagración: «¡Bienaventurados los pobres que tienen espíritu de pobreza, pues serán reyes en el reino de los cielos!»

¿Qué quiere decir esto, hijos míos? ¿No estamos todos predestinados a esa realeza celestial? Sin duda; pero los pobres son herederos más próximos. Una de las razones por las cuales tienen más probabilidades que nosotros de obtener esa herencia es que para lograrla no necesitan vencer los mismos obstáculos que nosotros.—Nos dice el Evangelio que las riquezas son un peso, un bagaje que nos retrasa en el camino del cielo: el pobre no tiene trabas de esa especie.—Que las riquezas son espinas que ahogan las buenas semillas en el campo

de nuestra alma: el pobre no se halla expuesto a tan gran peligro.—Que es más difícil que el rico entre en el reino de los cielos, que pase un cable por el ojo de una aguja: el pobre no tiene que vencer esa dificultad. Siempre dispuesto, libre de ese brillante pero pegajoso barro que entorpece nuestra marcha, el pobre nos precede con paso desembarazado en el camino de la herencia celestial. Lleva la marca de los elegidos, que es el signo de la cruz. No ha llevado en el mundo más que una corona de espinas, y es por lo tanto más merecedor de la corona de la gloria. Y si se pregunta a ese infortunado, como Pilatos a Jesús: «¿Rex es tu? ¿Eres rey?» puede responder también, como respondió el Salvador: «¡Dices bien, rey soy!» Rey de dolores hoy, y de gloria mañana: tal es el amigo que os ofrezco, un amigo real.

Os he dicho, hijos míos, que el pobre era sacerdote. ¿Qué quiere decir esto? Considerad el ministerio del sacerdote, que es un ministerio de intercesión, de mediación, de expiación por los pecados de los hombres. ¿No es éste, en cierto modo, el ministerio del pobre?

En los sagrados Libros leemos estas palabras: «Redime con limosnas tus faltas.» Y en otra parte: «Oculto la limosna en el seno del pobre, y Dios te librerá.» Y en otra: «Bienaventurado el que entiende y piensa sobre el necesitado y el pobre; en el día malo lo librerá el Señor.» Llena está la Escritura de estas divinas promesas; por todas partes aparece el pobre como mediador entre la tierra y el cielo. Tal es su sacerdocio.

Leemos más aún en el Evangelio. Vemos un rico, un rico perezoso, que desde el fondo del abismo conjura al pobre Lázaro para que le abra el cielo: los pobres tienen la llave del cielo. Vemos al primer cristiano

del gentilismo, al centurión Cornelio, «cuyas limosnas, dice el ángel del Señor, llegaron hasta Dios»; y Dios le envió a San Pedro para que lo bautizase: la limosna es la llave de la luz y de la gracia. Vemos después al mismo Apóstol que resucita, en Joppe, a una joven cristiana, solicitada por las lágrimas de las viudas y de los huérfanos: los pobres tienen la llave de la vida; es el suyo, como el del sacerdote, un ministerio de gracias.

Finalmente me he atrevido a deciros que el pobre es, si no un Dios, un substituto de Dios. Difícil os será creerlo, porque no veis en él más que su aspecto miserable, sus enfermedades, sus andrajos y su rudeza. Pero permitidme una comparación, nada más que como comparación. También son rústicos los elementos de pan y de vino que acabo de colocar sobre ese altar. De repente, después de la consagración, elevaré la hostia a vuestros ojos y, postrándoos de rodillas, cantaréis: *Adoro te supplex, latens Deitas*. ¿Por qué? Porque en ese instante se pronunciará una palabra sacramental, la palabra que obra el milagro de convertir en cuerpo y en sangre de Cristo el pan y el vino del altar; la palabra sacramental que hará que no resten de ese pan y de ese vino más que las especies y apariencias. Lo mismo, hijos míos, lo que os ofusca, lo que os repugna en el pobre, sus miserias, sus andrajos, sus enfermedades, su rusticidad, no son más que las especies y las apariencias del mismo; lo que hay detrás de todo eso, lo que se revela a los ojos iluminados de la fe, es Jesucristo, es el mismo Dios. Porque también en obsequio del pobre, en obsequio de ese miserable, se ha pronunciado una palabra; oídla: «Tenía hambre, tenía sed, estaba desnudo, y tú me has alimentado, me has dado de beber, me has vestido.... porque siempre que haces algo con uno cualquiera de esos desgraciados, lo haces conmigo: *Mihi fecistis*» Y éstas son, como aquéllas, palabras eficaces;

son la consagración del pobre, si es dado hablar así; no ciertamente en el mismo sentido que para el misterio de nuestros altares, lejos de esto; sino en un sentido sagrado también, y de una representación, de una delegación divina por la que el pobre substituye al mismo Jesucristo.

Sobre este tema de la divinización sobrenatural del pobre, es necesario oír lo que dice Bossuet en su admirable sermón sobre la *Eminente dignidad de los pobres en la Iglesia*: «No despreciéis la pobreza, concluye el gran Obispo, no la tachéis de repugnante y de rústica. Ciertamente que estaba formada por la hez del pueblo. Pero haciéndola su esposa el Rey de la gloria, la ha ennoblecido otorgando a los pobres todos los privilegios de su imperio....» Ya en la antigüedad, hijos míos, se dijo que esos desdichados eran algo sagrado, *res sacra miser*. Hermosas son estas palabras, pero para nosotros los cristianos, el pobre es más que algo sagrado, es algo divino. Y es preciso que saquemos en seguida las consecuencias de esta afirmación.

Las consecuencias serán, en primer lugar, el respeto, y debería decir el culto, la religión del pobre, puesto que es representante de la divinidad. Os acordáis de las palabras de Poro a Alejandro, después de la batalla de Arbelles: «¿Cómo quieres ser tratado? le preguntó el héroe.—Como rey», respondió el vencido. Mejor que como a un rey es preciso tratar a ese vencido de la fortuna, que se llama pobre; es necesario tratarlo casi como a un Dios.

Así, desde que el Hijo del hombre, que no poseía ni una piedra donde reclinar su cabeza, ennoblecía de esta manera a todos los que a El se pareciesen, ¿de qué religioso respeto no ha sido objeto el pobre por parte de la Iglesia? Hay en ésta una orden sagrada, el Diaconado, instituido para el servicio del altar y para el

servicio de los pobres: estos dos ministerios parecen formar uno solo. Leed, hijos míos, la historia de algunos santos de los primeros siglos, de San Martín, de San Gregorio el Grande, que reconocieron a Jesucristo en el pobre que acababan de vestir, en el necesitado que acababan de alimentar. Leed la historia de Isabel de Hungría, que reconoció a Jesucristo en el leproso que acababa de albergar y de cuidar. Toda la edad media está llena de ese religioso respeto para con los pobres. Después de la Catedral el más grande edificio erigido a su nombre es el Hospital general (1), ese Hospital general es la casa del pobre: *Christo in pauperibus*, como se escribió en el frontispicio de uno de esos palacios. Y esa inscripción me recuerda otra que leí un día en los cimientos de un monasterio, en Beaugency, a la orilla del Loira: «En tal año, en tal día, fue colocada la primera piedra de esta casa por Jesucristo en la persona de un pobre.» ¡Qué cristianismo tan bien comprendido!

Escuchad otro rasgo más. Estaba enfermo Pascal, e iba a morir. No pudiendo recibir el divino Viático a causa de los vómitos que sufría, tuvo una sublime idea: «Pues que no puedo recibir el cuerpo de Jesucristo, quiero, al menos, recibir algo que se aproxime a El. Que traigan a mi lado un pobre enfermo, y tratadlo y cuidadlo como a mí. Crearé que tengo a Jesucristo cerca de mí. Así se hizo. Nunca aparece Pascal más grande que en ese acto supremo de su vida. Seguramente, con él redimió más de un culpable error de su genio y de su pluma, a los ojos de Dios que ha dicho: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.»

(1) *Hôtel-Dieu*, dice el original, refiriéndose a uno de los mejores y más tradicionales hospitales de París. *Nota del T.*

Puesto que el pobre considerado en Jesucristo es tan divinamente grande, tenemos deber de guardar fielmente la religión del pobre. No es sólo lástima, sino también piedad lo que el pobre debe inspirarnos. No os haré la injuria de recomendaros que jamás os moféis de sus padecimientos, de su vestido, de su rusticidad: sería un sacrilegio. Por repugnante y repulsivo que pueda ser su aspecto, jamás debéis manifestar desprecio o disgusto por su augusta presencia. La pobreza de Jesucristo ha transfigurado sus andrajos. Los Santos y las Santas han tenido en alguna ocasión ánimos suficientes para llevar sus labios a las úlceras purulentas de los pobres. Y alguna vez eran labios reales o de príncipes.

Además: ¿bajo ese vestido grosero no hay un alma, un alma grande tal vez? Nos cuenta la antigüedad, hijos míos, que en la hermosa Jonia, un anciano ciego iba cantando rapsodias maravillosas, cuando, un día, le persiguieron e hicieron caer algunos niños perversos. El amigo de las musas se alejó maldiciéndolos: era Homero. Todavía sé otra historia más hermosa y que es muy cierta. Hace poco más de cien años, un peregrino, un mendigo de vuestro país, pedía limosna de pueblo en pueblo, rezando y bendiciendo. Le insultaban y le maltrataban, pues iba mal vestido, arrastrando andrajos. Aquel mendigo era un Santo que hoy se halla en los altares; era San Benito de Labre, al que ya sabéis cuántos honores tributamos.

Practicad la religión del pobre en el respeto del lenguaje. No seáis de los que jamás favorecen al pobre sin acompañar su beneficio de amonestaciones, de censuras, y frecuentemente de reproches. Eso no es cristiano. En primer lugar, con tal proceder, perdéis todo el mérito de vuestra buena obra; y haciéndola pagar tan cara al pobre desdichado, perdéis también todo el

derecho a su reconocimiento. Hacer el bien de tal manera, no es dar, es vender. ¡Y a qué precio tan cruel!

Al tratar con los pobres hablad y obrad como sintiéndooos honrados de que la majestad doliente de vuestro Dios se digne aceptar vuestro tributo y el humilde homenaje de vuestro cuidado. Así, dice San Pablo, en su epístola a los Romanos, que se ruegue por él, a fin de que su ofrenda, su servicio, sea aceptado por los santos que están en Jerusalén. *Ut obsequii mei oblatio accepta fiat sanctis qui sunt in Jerusalem.* Bossuet no encuentra palabras con qué expresar su admiración.

Los pobres vergonzantes, sobre todo, deben ser por vuestra parte objeto de una delicadeza llena de discreción. Desean ocultar su miseria; ahorrádeslos, pues, el rubor de presentarse ante vosotros. No esperéis que os pidan, adivinad sus necesidades, y anticipaos a ellas; ocultaos a su mirada si podéis hacerlo.

Guardad la religión del pobre no solamente al hablar, sino también al dar, aunque sólo sean cinco céntimos, al mendigo de la calle. El valor del donativo es doble, si se hace de este modo. Siempre me acordaré con placer de uno de nuestros niños más pequeños—no está hoy entre nosotros—a quien, desde las ventanas del colegio, vi un día, en el momento en que daba limosna al pobre ciego que implora la caridad pública acurrucado en una de las esquinas de nuestras calles. Se aproximó al mendigo con la cabeza descubierta, y depositó en sus manos la moneda del domingo, pronunciando algunas palabras que debieron ser palabras buenas, pues vi que sonreía el ciego, dándole las gracias. Sentí que se redoblaba mi afecto para con aquel niño que practicaba la caridad tan respetuosa y religiosamente.

Y esto me recuerda otra historia menos edificante, por cierto, y cuyo héroe no tiene motivo para estar por

ella orgulloso. La de un niño de diez años que hace mucho tiempo—hará ya unos cincuenta años—paseándose por su pueblo en compañía del sacerdote encargado de su educación, cometió la indignidad de dar limosna a un mendigo arrojando al suelo la moneda, en lugar de depositarla en la mano, como es debido. Al ver que el indigente buscaba y recogía del polvo la moneda, el sacerdote, indignado, exclamó dirigiéndose a su discípulo: «¿Qué es eso, miserable? ¿Cómo tratas al pobre, al pobre de Jesucristo, al pobre de Dios?» y con gesto imperativo ordenó al niño que volviese al pobre y que, con la cabeza descubierta, le pidiese perdón, le ofreciese una segunda moneda, y le besase la mano. El discípulo cumplió en seguida el mandato, tembloroso y con los ojos preñados de lágrimas. Tal fue su primera expiación, hijos míos. La segunda tiene lugar hoy, en el momento en que os cuenta su falta, con el fin de que nunca le imitéis, y de que roguéis por él.

## II

Os he dicho que debéis conocer y honrar a los pobres; y os recomiendo ahora que vayáis a ellos, que visitéis a Jesucristo en la persona de ellos. El mismo nos invita a que lo hagamos: *infirmus eram, et visitastis me.* No tengáis miedo de subir a la triste morada de los pobres, de entrar en su mísero aposento, de sentaros en la silla coja que os ofrezcan, de estrechar su mano entre las vuestras, de abrirles vuestro corazón, para que ellos os abran el suyo. ¡Qué menos, Dios mío! ¡Qué menos hemos de hacer que molestarnos en visitar a esos representantes vuestros! Por mi parte, hijos míos, me he preguntado alguna vez en qué lugar preferiría que me sorprendiese la muerte, si me ha de sorprender, y me he contestado qué ante el altar o en la casa del

pobre: éste es, después del Tabernáculo, el lugar más próximo al cielo.

Por otra parte, sólo allí aprenderéis a conocer al pobre y veréis cómo va ganando en vuestra consideración, conforme va siendo conocido. Veréis cuántas virtudes domésticas y cristianas se ocultan detrás de su miseria, y triunfaréis gozosamente para el Corazón de Jesús, al ver cuántos amigos guarda Jesús entre el pueblo. cuántos elegidos para el cielo! Y no es, seguramente, que el pobre no tenga sus defectos, sus vicios, y demasiado groseros ¡ay! pero sí es cierto que no tiene tantos como el rico; y aunque los tuviera, serían en el pobre más excusables ante los hombres, más perdonables ante Dios.

Es, pues, preciso que os lo diga: alguien ganará más que el pobre con esas visitas; y ese alguien seréis vosotros mismos. La caridad aprovecha mucho más al que la hace que al que la recibe. Y no hablo ahora del beneficio eterno que prometió el Señor a los misericordiosos; me refiero al beneficio inmediato que de la caridad obtendrá el alma para su instrucción, su perfeccionamiento y santificación. Ved por qué os damos la más alta y perfecta educación en esa otra escuela, en la escuela de la casa de los pobres. El mismo Señor nos envía a ella, cuando dice en el Evangelio: «Mejor será que vayáis a la casa del dolor, que a la del goce.»

¿No lo habéis experimentado? Acordaos de algún día en que os hallábais agitados, inquietos, tristes, descontentos de todo, porque teníais razón para estar descontentos de vosotros mismos. En aquel estado visitasteis a los pobres de la Conferencia; y allá se rehizo vuestra alma; ante tantas miserias no tuvisteis valor para sentirnos desdichados; ante tantos males, demasiados reales, no os atrevisteis a seguir pensando en vuestros pesares novelescos, en vuestros quiméricos dolores.

Vuestro orgullo cayó herido por la humildad que os hacía servidores de los pequeños, de los miserables a quien llamábais hermanos. Os ruborizasteis de vuestros goces egoístas, ante el cruel sufrimiento de un cristiano como vosotros. Pensasteis que era un crimen vuestro apego a las riquezas, al lujo en el vestido y en la habitación, a los trenes espléndidos, a la buena mesa, y en fin, al ver a los desdichados que tienen por albergue un agujero, por vestido unos cuantos andrajos, y sobre su mesa un poco de agua y un trozo de pan. ¿Cómo era posible que vuestra sensualidad, vuestras pasiones inferiores pudieran vivir ante las carnes mortificadas de ese *Ecce-Homo* que se llama pobre? —Habéis recibido una lección que ilumina vuestro espíritu, una gracia que produce en vosotros una verdadera transformación. Primero lo habéis visto, y después os habéis entregado, os habéis despojado, lo cual quiere decir que os habéis enriquecido, ennoblecido, engrandecido. Finalmente habéis meditado y habéis llorado quizá. ¡Y qué lágrimas tan hermosas, hijos míos! lágrimas que han redimido otras lágrimas, acaso culpables. Como las de la Magdalena, han corrido puras y castas a los pies del Salvador: Estáis purificados, estáis transformados. «Al que haya amado mucho, se le perdonará mucho;» habéis vuelto a ser buenos, practicando el bien.

En fin, la caridad, que es una bendición para el que la practica, un consuelo para el que la recibe, es además una revelación y una edificación para el que la ve: es la revelación de la fe, es la edificación del amor, es la aparición viviente del Dios-caridad: «¡Ved cómo se aman los cristianos!» decían los paganos del imperio romano. Desde ese punto de vista lo consideraron todos los primeros fundadores de la Sociedad de san Vicente de Paúl. La historia de esta fundación es tan her-

mosa, y hace un honor tan grande a la juventud francesa de la época de 1830, que no puedo resistir al deseo de contárosla.

Uno de aquellos jóvenes fundadores, el bueno y grande Ozanam, escribe a un amigo suyo el 19 de marzo de 1833: «Algunas veces, cuando el aire era puro y más suave la brisa, a los rayos de la luna que se reflejaban sobre la cúpula majestuosa del Panteón, el vigilante nocturno podía contemplar inquieto a seis u ocho jóvenes que se paseaban del brazo durante largas horas por la plaza desierta.—Con la frente serena, marchaban apaciblemente, hablando llenos de entusiasmo de cosas de la tierra y del cielo, contándose los unos a los otros sus pensamientos generosos y conversando acerca de Dios, de sus padres, de su patria y de la humanidad.—El estúpido parisiense, que al correr a sus placeres los encontraba a su paso, no comprendía su lenguaje; hablaban una lengua muerta que pocos conocían. Yo los comprendía, yo estaba con ellos, y al escucharles, pensaba y hablaba como ellos, sintiendo que se ensanchaba mi corazón. Me parecía que iba convirtiéndome en hombre, y tan débil y tan pusilánime, sacaba del trato con ellos algunos instantes de energía para los trabajos del día próximo.»

¿Cuáles eran, hijos míos, aquellos generosos pensamientos? ¿cuál era el objeto de sus conversaciones? Veinte años más tarde lo explicaba Ozanam en Florencia: «Algunos de nuestros compañeros de estudios eran materialistas, otros San-Simonianos, otros Fourieristas, y algunos otros deístas. Y cuando nosotros, católicos, nos esforzábamos por hacer recordar a aquellos compañeros extraviados las maravillas del cristianismo, nos contestaban: «Tenéis razón, si habláis de lo pasado; el cristianismo hizo prodigios en otro tiempo, pero hoy está muerto. Y, en efecto; ¿que hacéis voso-

tros que os envanecéis de ser católicos? ¿Dónde están las obras que demuestren vuestra fe y que pueden hacérnosla respetar y admitir?» Tenía razón; aquel reproche era merecido. Entonces fue cuando nos dijimos: «¡Pues bien, manos a la obra! ¡Y que nuestras obras estén de acuerdo con nuestra fe! Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer para mostrarnos verdaderamente católicos, sino lo que más agrada a Dios? Socorramos a nuestro prójimo como lo hizo Jesucristo, poniendo de este modo nuestra fe bajo la protección de la caridad. Los ocho estuvimos conformes en este pensamiento. Al principio, celosos de nuestro tesoro, no queríamos abrir a nadie las puertas de nuestra reunión. Pero Dios había decidido otra cosa. La pequeña asociación de amigos íntimos que habíamos soñado, se convirtió, por sus designios, en núcleo de una inmensa familia que debía repartirse por una gran parte de Europa. Y, en lugar de ocho que éramos entonces, somos hoy (1853) dos mil sólo en París, y visitamos cinco mil familias, es decir, unos veinte mil individuos, la cuarta parte de los pobres que habitan dentro de los muros de la inmensa ciudad. Hay en Francia quinientas conferencias, y las hay también en gran número en Inglaterra, en España, en Bélgica, en América y hasta en Jerusalén. Así es como, comenzando humildemente, se ha podido llegar a hacer grandes cosas, como Jesucristo, que desde un pesebre se elevó a la gloria del monte Tabor. Así es como ha hecho Dios de nuestra obra la suya propia, y ha querido repartirla por el mundo entero colmándola de sus bendiciones.»

¡Ved, hijos míos, lo que lograron hacer unos jóvenes como vosotros; de los ocho, sólo uno llegaba a los veinte años! Habían comprendido que el cristianismo es amor, y que amar es servir. Y en consecuencia, se consagraron al servicio de los pobres, que es lo que

os pido. Ellos abrieron el camino, yo os conjuro a que los sigáis.

### III

Hay dos maneras de servir al pobre: individual y pública o colectivamente.—Tener cada uno sus pobres en el barrio en que se habita, en el pueblo, entre los obreros, entre los sirvientes; visitarlos, asistirlos, consolarlos, sostenerlos sin que se sepa, sin decirlo a nadie; o bien dar limosna al mendigo, al lisiado, al enfermo que os tiende la mano en la calle; tal es, hijos míos, el servicio privado e individual para con el pobre. Es una buena práctica, hijos míos, y no he de ser yo el que os aparte de ella sobre todo si vuestras limosnas son destinadas a los que, por enfermedad, por vejez o por debilidad, se encuentran imposibilitados para el trabajo. Ciertamente que hay quien hace de la mendicidad un oficio, explotando los sentimientos buenos, y a los cuales es preciso no favorecer en manera alguna. Pero ¿cómo distinguir la necesidad real de la fingida? En la duda, acordaos de que, por regla general, más vale traspasar los límites del deber que cumplirlo a medias, y que, particularmente en el caso a que me refiero, es preferible dar, favoreciendo a un individuo indigno, que dejar falto de pan a un necesitado.

Bendeciré, sobre todo, vuestra caridad privada, cuando un día, el día que seáis industriales, propietarios, negociantes, hombres de influencia, en la ciudad o en el pueblo donde habitéis, vayáis visitando de casa en casa, de cabaña en cabaña, de buhardilla en buhardilla, a vuestros operarios, a vuestros empleados, a vuestros obreros, a vuestros colonos, llevándoles consuelos, socorro y confianza. Aunque la educación que aquí os damos no sirviera para otra cosa ¡cuántas gracias daría

yo a Dios por haberme concedido el favor de contribuir a ella!

La caridad colectiva, el servicio colectivo de los pobres, como lo he llamado no ha mucho, es evidentemente más propio de vuestra edad.—Formando parte de nuestras sociedades católicas de beneficencia, recibiréis, en el seno de las mismas, dirección, impulso, inspiración para el reparto equitativo de vuestros beneficios. No sois, en ese caso, un punto aislado, que es por lo mismo un punto muerto en el movimiento universal; sois una fuerza que, perteneciendo al organismo general, participa de la acción común, y arrastra a las demás que giran alrededor del mismo centro, que convergen al mismo fin. Os he citado varias veces la Sociedad de San Vicente de Paúl, que es uno de los grandes mecanismos de la caridad colectiva de nuestro siglo. Entrad en sus engranajes: el amor es el fuego, y la fe es su motor; con tales elementos puede levantar el mundo. ¿Qué daréis, por fin? ¿qué clase de limosna debe ser la vuestra?—Hay en primer lugar, hijos míos, una limosna del cuerpo, y se debe dar según los recursos de cada cual. «Si tienes poco, da poco. Si tienes mucho, da mucho», decía Tobías a su hijo; por otra parte, no hay necesidad de ser rico para dar, basta ser bueno; cuando se es bueno, se encuentra, y cuando se encuentra, se da. Pero no olvidéis que adquiere la ofrenda doble mérito cuando es fruto del sacrificio. Si dáis limosna a costa de alguno de vuestros placeres, o tal vez a costa de vuestras necesidades personales, no os desprendéis solamente de un bien vuestro, sino también de un pedazo de vuestro corazón. Dios lo sabe, y cuando este óbolo llega al seno del desdichado, Dios se sonríe, y lo bendice, como bendecía en otro tiempo el óbolo que secretamente dejaba caer la viuda en el tesoro del Templo.

Está, en segundo lugar, la limosna del espíritu, la limosna de los buenos consejos, la limosna de las buenas palabras; ilumina, dirige a esos infortunados en sus negocios temporales, y con más razón en los espirituales: ¡para esto ha puesto Dios en vuestras manos la antorcha de la instrucción y la antorcha de la fe! «Esa acción varonil, escribe M. Julio Simón, llevar a la morada de los pobres la ciencia de la vida, dándoles alientos, fortaleza, seguridades. Pero si a esas almas adormecidas se les habla de las verdades eternas, de las esperanzas cristianas, el beneficio no será entonces como la piedra que se arroja al abismo, que hace gran ruido, que produce un ligero y rápido movimiento, seguido de una eterna inmovilidad. Tememos solamente que no haya para esto los apóstoles necesarios».

Engañase M. Simón; hay todavía apóstoles, y no tendré necesidad de buscar muy lejos de aquí para encontrarlos. Apóstoles son los niños de nuestro colegio, que todas las semanas renuncian al reposo de la tarde de vacación, a los legítimos placeres del hogar doméstico o del paseo, que dejan sus caballos, sus barquitas, todas sus distracciones para venir al colegio y recibir en nuestras clases a los pobres niños desheredados, elegidos entre los más incultos, a los cuales toman por su cuenta, uno por uno, con objeto de catequizarlos, de decirles una y mil veces que tienen una alma, una conciencia, un Jesucristo, un altar, una patria celestial y un porvenir eterno, preparándoles de este modo para la primera comunión, a la cual les acompañan, arrodillándose con ellos ante la misma Mesa. Este hecho es para mí de edificación y de admiración tan grande, que he querido darles públicamente las gracias. ¡Que Dios les bendiga!

Está, finalmente, la limosna del corazón, que consiste en amar y en hacer manifiesto el amor. Y esta limosna tiene por sí sola el mismo valor que las dos anteriores ¿No está, como lo estamos todos, hambriento del pan del corazón el desgraciado a quien asistís? ¿Seréis de esos ciegos o de esos arrogantes, que dicen refiriéndose a los niños pobres? «Pero esas gentes, ¿sienten como nosotros? Sí, hijos míos, sienten perfectamente que tras la mano que los socorre se oculta un corazón de cristiano que los compadece. Que os vean siempre apesadumbrados por sus males, sufriendo por sus penas, inquietos por su suerte o por la de sus hijos; que os vean llegar a ellos menos como protectores que como amigos y hermanos; que reconozcan vuestra emoción, que la adivinen en el apretón de manos o en las lágrimas que sorprenden brotando de vuestros ojos; se sentirán aliviados al ver que se les ama. Se sentirán a la vez mejores, más dispuestos al bien, pues vuestro amor les honra y les obliga. Serán conquistados por vosotros, conquistados para el bien, para la virtud, para Dios. Sólo de esta manera se aproximarán las clases más opuestas de la sociedad. La caridad es la atracción sin la cual todo se separa en el mundo social, como todo se separaría, se convertiría en polvo, en el universo material, si fuera posible suspender un solo instante las leyes de la gravedad. ¿Seréis vosotros, hijos míos, los que realicen esa aproximación? ¡Oh generación de lo porvenir! ¿Llevas la paz o la guerra en los pliegues de tu túnica? No lo sé; pero creedlo: los hombres aman a los que les aman, y lo porvenir es de los que aman más.

Terminaré con un relato que os mostrará la caridad en acción, que os mostrará todo lo que acabo de decir, puesto en obra en el cuadro de la primera visita

de M. Armando de Melún a los pobres del barrio de S. Medardo. Es él mismo el que habla:

«Me había entregado Mme. Swetchine una carta de recomendación para la hermana Rosalía, anunciándole mi deseo de ser su auxiliar en sus muchas obras de caridad. Llegué, en compañía de dos o tres pobres, a la casa del Refugio de la calle de l' *Épée-de-Bois* que, hacía veinte años, habitaba y servía, en calidad de superiora, la hermana Rosalía. Todo aquello era nuevo para mí, el barrio, la oficina de beneficencia, lo mismo que la vida y las ocupaciones de las Hermanas de la caridad. Nada de esto se enseñaba en el colegio en que había estudiado.

«Al nombrar a Mme. Swetchine, la hermana Rosalía me recibió casi tan bien como si hubiera sido un pobre. Pero se hallaba acostumbrada a ver vocaciones de apóstoles y de diáconos, inspiradas por la curiosidad más que por la fe; vocaciones que se desvanecían ante el aspecto poco atrayente de la miseria. Y tuvo el mal pensamiento, según ella misma me confesó más tarde, riéndose, de que yo podría ser muy bien uno de aquellos aficionados. Resolvió someterme, desde el primer día, a una dura prueba, para lo cual, entregándome por su propia mano unos cuantos bonos de caldo, de carne y de leña, y ordenando a otra hermana que me acompañara, me indicó tres o cuatro viviendas de los alrededores, encargándome que visitara, que socorriera, y, sobre todo, que consolara a los desgraciados. A mi regreso debía darle cuenta del resultado de mi comisión y de mis observaciones.

«Partí, pues, acompañado de una hermana de hablar enérgico, pero de corazón de oro. La primera casa en que me hizo entrar en nada difería de sus vecinas a no ser por su aspecto más miserable. Sobre un colchón y

bajo una cubierta delgada y sucia, hallábase acostado un hombre todavía joven, de semblante pálido, pómulos enrojecidos y que respiraba con gran dificultad, presa de una fiebre ardiente, consecuencia de una enfermedad del pecho en su último período. En derredor de su lecho retozaban y lloraban tres pequeñuelos, mientras que su mujer, con humor desapacible y rostro ceñudo, se lamentaba del abandono en que se hallaban, y parecía dispuesta a acusar de su miseria a la enfermedad del moribundo. Era éste un obrero laborioso, que hasta entonces había sostenido bien o mal a su familia; pero la enfermedad acababa de consumir sus modestos ahorros. El médico enviado por la hermana Rosalía, había dicho a su pobre mujer que poco o nada se podía hacer en beneficio del enfermo; y el enfermo mismo, tendiéndome la mano, parecía querer darme con su mirada triste y dulce un adiós postrero. Quedé fuertemente emocionado; pero sobrepeniéndome a mi emoción para no aumentar el dasaliento del enfermo, tomé una silla y me senté junto a su lecho. Me aproximé en seguida al pobre que sufría, y levantándole la cabeza, le recomendé que tuviera confianza en Dios, después de lo cual, tomando una taza que había junto a la cabecera, le hice beber una poción que se había negado a tomar en la mañana. El medicamento le produjo calma relativa, que aproveché para dirigir a la esposa del moribundo algunas palabras de benevolencia y de esperanza. Lloró la pobre mujer, excusándose del mal humor que acababa de mostrar. Acaricé a los pequeñuelos, y dejé sobre la chimenea los bonos, a los cuales añadí una moneda, y estrechando afectuosamente la mano del enfermo, le aseguré que con energía y buenos cuidados dejaría pronto el lecho. Aconsejé, de nuevo, a la mujer que tuviera ánimos, y así me lo prometió; y final-

mente le hice promesa de volver pronto. Los niños quisieron abrazarme; y, cuando franqueaba el umbral de aquella pobre morada, fui bien recompensado por la mirada de reconocimiento con que, a falta de palabras, acompañó mi partida el pobre enfermo consolado por mi visita». El mismo día visitó M. de Melún a una pobre anciana de la que habla en estos términos: «La desgraciada estaba enferma, acostada sobre un montón de trapos viejos, en un tabuco del que a duras penas se podría haber hecho un establo, sin muebles ni cortinas y sin otro vidrio en la ventana que una hoja de papel. Nadie había para cuidarla, nadie para darle de beber, excepción hecha de una buena vecina, tan pobre como ella, que, dos veces al día, antes y después del trabajo, subía al cuarto de la enferma. Imposible describir la triste obscuridad, la suciedad, la infección de aquella vivienda en la que la muerte disputaba su presa a la miseria; sin embargo, permanecí allí largo tiempo, porque la pobreza me atraía por algo mucho más interesante que el horror de su condición: había allí religión que iluminaba el recinto y perfumaba los andrajos; había gran resignación en el infortunio, y gran fe en la oración, que inspiraba por la anciana veneración religiosa. Y la elevación de sentimientos daba a sus palabras una grandeza que subyugaba. Aquella anciana era verdaderamente el pobre del Evangelio, el Lázaro destinado al seno de Abraham. La dejé con más edificación aún que piedad, más dispuesto a envidiarla que a compadecerla. Cuando, al volver a la casa de la calle de l'Épée-de-Bois, hice a la hermana Rosalía el relato de lo que acababa de ver, me escuchó con atención, mezclada de un poco de sorpresa: le sorprendía el gusto con que había cumplido mi primera misión. Me dio las gracias por la ayuda que acababa de pres-

tar a su desdichado barrio, y me rogó que le prestara algunos otros análogos servicios. Me presté a ello de buena gana, y volví a mi casa con el alma emocionada por lo que acababa de ver, encantado de mis pobres, de la hermana Rosalía y del bien que me había hecho hacer, y resuelto a continuar aquel aprendizaje querido» (1).

MONS. BAUNARD

---

(1) *Vizconde Armando de Melún*, cap. VIII.